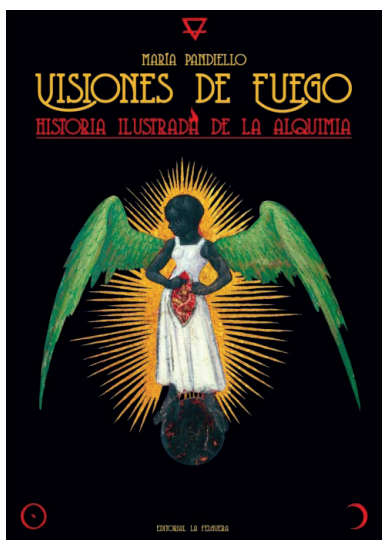


Visiones de Fuego. Historia ilustrada de la alquimia

MARÍA PANDIELLO

Editorial La Felguera, 2022. 289 páginas.

ISBN: 978-84-124669-7-3. PVP: 24,90 €



A lo largo de los siglos, la alquimia ha construido un variado y complejo programa iconográfico que constituye una de sus señas de identidad. Las enigmáticas imágenes que ilustran los manuscritos y libros impresos, sorprenden al que se acerca a la literatura alquímica por su riqueza visual y su fuerza expresiva. Y uno no puede sino preguntarse por su significado, ¿por qué están ahí, con qué propósito se diseñaron, por qué esas y no otras? El hermoso libro de María Pandiello, licenciada en filología románica y doctora en historia del arte, no pretende responder a esas preguntas, su propósito no es indagar sobre el significado de los símbolos alquímicos, “sino construir un escenario sólido alrededor de ellos” (p. 16). Como bien señala su autora, a partir del siglo XV los tratados alquímicos europeos se pueblan de imágenes agrupadas en ciclos visuales con un pronunciado

carácter dramático. Los procesos alquímicos llevados a cabo en los laboratorios se expresan mediante símbolos y alegorías representados por personajes y animales que interactúan entre sí y cuyo destino se desarrolla siguiendo un guion que nos es desconocido. Es a ese teatro alquímico al que este libro proporciona un escenario adecuado.

Con esa finalidad, la autora ha seleccionado doce tratados que marcan, desde su punto de vista, otros tantos hitos en la relación entre la imagen y la alquimia. A cada uno de ellos se dedica un capítulo del libro, ilustrado con las imágenes a toda página del correspondiente tratado, y un comentario de la autora con una extensión por lo general de dos o tres páginas. Una pequeña parte de ese comentario se destina a describir algunas de las imágenes, pero no a su interpretación. El volumen incluye una bibliografía sobre cada uno de los doce capítulos. A través de cada uno de ellos se desgranar aspectos particulares de la historia de la alquimia: su relación con las cortes europeas, la figura del alquimista, aspectos concretos del lenguaje y la práctica alquímica, y la propia evolución de la iconografía alquímica.

La colección se inicia con uno de los tratados alquímicos más conocidos, *Aurora Consurgens*, o *Despertar de la aurora*, un manuscrito elaborado en el siglo XV, uno de los textos más antiguos en ser ilustrados con una compleja iconografía figurativa. Capítulos sucesivos se dedican, entre otros, al *Rosarium Philosophorum* (s. XVI), el *Libro de la Santísima Trinidad* (s. XV), *Splendor Solis* (s. XVI), o *El Libro de las Figuras Jeroglíficas*, atribuido a Nicolas Flamel, en una versión manuscrita del siglo XVIII que perteneció al caballero Denis Molinier, acompañada por abundantes comentarios de su propietario (BnF, Français 14765. Digitalizado y de libre acceso en línea: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b525172213/f1.item>). El libro se cierra con el tratado *El Mago*, de Francis Barrett, publicado en 1801.

Aunque el propósito del libro no es adentrarse en el significado de las imágenes, sí se adopta sin embargo una visión de la alquimia en la que ésta abarcaría prácticamente cualquier proceso de transformación de la materia. Desde este punto de vista, se afirma la existencia de diversas “alquimias” (p. 47), que comprenderían tanto la búsqueda de la piedra filosofal, como la elaboración de jabones, medicinas, tintes o perfumes. Junto a esta alquimia (o alquimias) práctica, habría otra especulativa, de carácter espiritual o religioso, y ambas habrían coexistido, no sin tensiones, hasta que se separaron a comienzos del siglo XVIII. La alquimia práctica se habría incorporado a la química, y la alquimia especulativa... se habría refugiado en la “magia oscura y el ocultismo” (p. 249), como pretende reflejar *El Mago* de Barrett. Esta es la posición adoptada por una parte de la comunidad académica, pero no por otra. No es este el lugar para profundizar en ese debate, pero es necesario no olvidar que siglos antes de que los primeros textos alquímicos fueran conocidos en Europa y traducidos del árabe al latín a partir del siglo XII, en la sociedad medieval ya existía un amplio conocimiento de química práctica. Y lo mismo cabe decir del Egipto grecorromano cuando surgen allí los primeros escritos alquímicos en los albores de la Era Cristiana. Pero coincido con la autora en subrayar la visión dualista de la alquimia que prosperó a partir de la década de 1720, auspiciada, añado yo, sobre todo por la Academia de ciencias francesa. Sin embargo, ese fenómeno histórico no constituyó sino la culminación de un largo proceso de desacralización de la Naturaleza y de oposición ciencia-religión que ya se inició a finales del siglo XVII. El espacio de lo sagrado es

ya solo el que abarcan los muros de los templos, y La Feliz Humanidad libre por fin de ataduras sobrenaturales puede torturar la naturaleza para forzarla a revelar sus secretos, sin temor a un castigo que nunca llegará. Ese es nuestro mundo.

Joaquín Pérez Pariente
Instituto de Catálisis y Petroleoquímica (ICP-CSIC)